



Memoria e interpretación del siglo XX (v)

LOMBARDI, Ángel

Universidad Católica Cecilio Acosta
rector@unica.edu.ve

A mi querida Lilia
A mi familia, vencedora del tiempo

“Mi verdadero rostro soy yo quien lo crea”
Xo - wei

La historia del siglo XX presuntamente canceló muchas cosas, acabó con las pretensiones hegemónicas fascistas y comunistas (¿por cuánto tiempo?); presenció el fin de las ideologías (¿será verdad?), pero igualmente canceló de manera dramática muchas ilusiones de progreso y desarrollo para la humanidad.

Europa, en el siglo XX, deja de ser el centro de la historia; ¿por cuánto tiempo estarán o permanecerán desterrados los viejos fantasmas de Europa, como por ejemplo la tentación hegemónica alemana, la amenaza rusa o las divisiones infinitas, de naciones y pueblos, enfrentados durante demasiados siglos? Las preguntas e interrogantes que dejó pendiente el siglo XX, ya los empieza a vivir el siglo XXI y no de manera auspiciosa. Todo pareciera encaminarse hacia una gran crisis económica de alcance mundial y hacia una o muchas guerras, que van a involucrar a la mayor parte de los países. Cambio y eterno retorno a lo mismo decía Heráclito y repetía Nietzsche. Los misterios de Eleusis y Mitra parecían apuntar en la misma dirección de un eterno retorno, una vez más el hombre se repite a sí mismo. Estamos obligados a entendernos los

seres humanos, para poder hacer y escribir, otra historia. Este es el gran interrogante de cara al nuevo siglo que comienza.

La cultura, es ese océano en que naufragamos. La vida es cultura, entendida ésta como todo lo que los seres humanos han pensado, dicho y expresado. Vivimos todo el tiempo de préstamos; nuestra vida como experiencia personal, es alimentada, nutrida siempre por otras vidas, pero fundamentalmente de sus ideas más que de sus ejemplos. Por eso se recomienda no conocer personalmente a los autores que admiramos, casi siempre nos decepcionamos, humanamente somos una cosa e intelectualmente otra.

Intelectualmente confieso que he vivido y vivo de prestado. Las influencias recibidas son múltiples y continuas, muchas inclusive anónimas y difíciles de precisar. Otras permanentes y ubicables; otras ocasionales y muchísimas veces, anecdóticas y producto del azar.

Una mirada, una imagen, una frase, todo me enseña y me es útil, al final, ya no distingo lo propio de lo ajeno. La vida social es inevitable, pero con demasiada frecuencia nos enseña y nos desgarrar. Otras veces convivimos mucho tiempo con otras personas y seguimos siendo extraños; en cambio la cultura nos envuelve, trasciende el tiempo y conduce nuestra propia vida de manera imperceptible.

Uno termina siendo los muchos lugares, vividos o no, cercanos o lejanos, reales o imaginarios, que hemos asumido como propios. Una fotografía, un cuadro, un paisaje, una descripción literaria puede resultar más real que la propia realidad que vivimos.

Somos habitantes del Universo, gracias a la cultura; la Mancha del Quijote, en España, es tan mía como la de Alonso Quijano y Cervantes. La Roma de los Doce Césares, es tan mía como de Suetonio. Nueva York, París, Venecia, Florencia y tantos otros lugares me pertenecen tanto como Maracaibo. Gracias a la cultura, de verdad somos habitantes de toda la tierra y de todos sus paisajes. Igual ocurre con las diversas épocas, todos los tiempos son nuestros, unos más que otros, pero no sabemos cuándo una época desconocida se hace nuestra, gracias a una nueva lectura.

Ni hablar de los infinitos libros que nos pertenecen, no importa si los hayamos leído o no; igual pasa con las obras de arte, y con el cine, infinita e inagotable máquina de sueños.

Habiendo estado en Estambul, nunca fue tan real la ciudad como cuando la volví a visitar a través de una película. Y otra particularidad, la cultura nadie nos la puede negar ni nos la pueden quitar, de allí que más grave que el analfabetismo, es la insensibilidad; quien no se emociona nunca ante un hecho cultural es un proyecto humano potencialmente peligroso para sus semejantes; a menos que pudiéndose emocionar se alinee con el poder, con el dinero, en fin, sacrifique el ser al tener.

Al final, la vida intelectual termina siendo más real que la existencia concreta, que normalmente naufraga en un exceso de cotidianidad, *áureas mediócritas* decían los romanos.

Solamente equiparable al poder de la cultura es la llamada *comunicación de las existencias*, cuando más allá de nuestro yo egoísta, logramos acceder a un *tú*, también despojado de egoísmo; lo llaman *amor*, palabra equívoca y polivalente, que de tanto significar y manosearla no llega a significar nada, a pesar de lo cual estamos obligados a no renunciar nunca a ella; elusiva y ambigua es lo único que nos hace verdaderamente humanos.

La cultura no es solamente intelectual; antropológicamente es lo que permite reconocernos como seres humanos, hasta en lo más cotidiano y simple, pero la cultura que nos impulsa a avanzar en nuestra condición humana y no simplemente a vivir, es la llamada, quizás de manera errónea, la cultura superior, la del intelecto, la de la razón y el sentimiento, la de la inteligencia y la sensibilidad.

Cada siglo tiene su aporte al desarrollo de la cultura humana, y cada aporte, suscita diversos tipos de apreciación y valoración, todos válidos, no importa las diferencias.

En mi caso tengo una opinión superlativa sobre la cultura griega clásica, creo que allí se sentaron las bases culturales de la civilización humana: arte, filosofía, ciencia, literatura, política, historia, etc... El Renacimiento adquiere un valor parecido, precisamente porque es una pretensión de volver o revivir la Grecia clásica.

ca. En este sentido me confieso eurocéntrico, aunque respeto grandemente y valorizo cada vez más, las llamadas culturas primitivas y en particular el Oriente, Israel, la India, China, el mundo islámico, etc... pero sin lugar a dudas, por aquello de *yo y mi circunstancia*, la cultura del siglo XX me enmarca y define como una atmósfera; es mi horizonte vital y cultural; no importa, si algunos libros y autores e ideas vengan de más atrás, como por ejemplo la ilustración, la filosofía moderna y autores decimonónicos como Marx, Freud, Nietzsche y algunos otros, o movimientos estéticos, como el impresionismo.

La lista es larga y la relación disímil, la gran literatura europea, rusa, norteamericana, latinoamericana y algunos autores aislados de otras literaturas, son aguas oceánicas en las cuales he navegado muchas veces. Tengo mi propia mitología personal, inclusive secreta, como la Praga de Kafka o la Alejandría de Kavafis, Dublín de Joyce y el Macondo de García Márquez; o el París de Miller y Hemigway; o Venecia y Florencia, de algunos pintores. Paisajes del alma e historias románticas intransferiblemente nuestras.

La *rive gauche* con sus modas literarias e intelectuales típicamente parisinas. Un café de París es un tesoro, esnobismo inevitable para jóvenes e intelectuales latinoamericanos que han leído a Vallejo y a Cortazar. La vida, para un intelectual del siglo XX, es impensable sin los libros y el cine. Fellini, Bertolucci, Pasolini, el neorrealismo italiano, la *nouvelle vague* francesa, el expresionismo alemán y el mejor Hollywood; Bergmann, Buñuel, Woody Allen, Saura, Man Ray y muchos otros, nos dieron la comedia y la tragedia del siglo como ninguno, imágenes plenas de seres concretos y reales, paisajes y sonidos, que son nuestros para siempre.

Si la tecno-ciencia marca el siglo, como cultura operativa y utilitaria, la otra cultura, la "inútil", nos hace más conscientes y más humanos en términos de autoconciencia y representación. Mi siglo XX, no solo es historia, en términos clásicos de política, economía y sociedad, sino es cotidianidad y experiencia directa de personas y acontecimientos, y además, quizás de manera fundamental, es Eros, opuesto a Thanatos, rechazo absoluto al grito bár-

baro de Millán Astray, el general franquista de la guerra civil española que entró a caballo en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, y en presencia del Rector Unamuno, gritó “viva la muerte, muera la inteligencia”, mientras enarbolaba su bandera de tela negra y calavera impresa. Igual el nazi Goebbel cuando decía que al oír la palabra inteligencia, sacaba su pistola.

Cultura y vida son sinónimos en el siglo XX; a pesar de todo, lo seguimos creyendo y la cultura no ha perecido, como algunos pronosticaron; en ese sentido el siglo XX, culturalmente, no tenemos ninguna duda, es un siglo que se puede justificar.

Muchos son los nombres que marcan el siglo XX, pero que duda cabe, sobre la importancia y la influencia de cuatro personajes fundamentales. Todos nacidos en el siglo XIX: Darwin, Einstein, Marx, Freud; los dos primeros prestigiosos, pero poco conocidos por la mayoría de nosotros; sus libros son para especialistas; pero el Darwinismo se convirtió en una ideología popular, asumida y referida en cualquier conversación y es que era un poco como la afirmación inconsciente de la primacía de la ciencia. Igual sucedió con Einstein, una figura familiar del siglo, cuyas teorías e ideas eran inaccesibles para la mayoría de nosotros, pero que llegó a simbolizar al genio científico por antonomasia.

Con Marx y Freud fue lo contrario, fueron leídos en abundancia aunque, no necesariamente comprendidos, y sus libros, ideas y teorías, se introdujeron en todas las conversaciones y discusiones y se hicieron presentes en todas las manifestaciones artísticas e intelectuales; cine, arte, literatura, filosofía e historia, se beneficiaron de estos dos autores.

Freud, escandalizó porque llamó la atención sobre temas difíciles y tabúes, normalmente evadidos, como por ejemplo la sexualidad y la muerte, el inconsciente y la locura, los sueños y las muchas patologías que aquejan a los seres humanos.

Marx asustó al mundo burgués porque se asumió de manera radical como el negador absoluto de ese mundo, con su lucha de clases y su revolución mundial y el inevitable surgimiento de una nueva economía, una nueva sociedad y una nueva política y cultu-

ra: el socialismo y el comunismo que prometían el cumplimiento de la utopía, con el hombre nuevo que estaba por nacer.

En las últimas décadas del siglo fueron autores venidos a menos y sus teorías revisadas, cuestionadas y en algunos casos negadas. Pero no hay duda, que sin el psicoanálisis y sin el marxismo, el siglo XX sería incomprensible. Otros tres nombres son imprescindibles: Gandhi, Luther King y Mandela, aunque por razones diferentes; el martirio o sufrimientos personales, la doctrina y activismo político profundamente afincado en los derechos humanos y quizás su pertenencia racial y cultural, uno venido de las profundidades de la India; el otro, del discriminado mundo negro norteamericano y el último de la resistencia y la afirmación africana.

La Iglesia Católica, por lo menos para mi generación, también aportó tres nombres fundamentales para entender el siglo; el profético y carismático Juan XXIII; el desgarrado y lucido Pablo VI y Juan Pablo II. Son Papas de la modernidad, sobre todo Juan XXIII y Paulo VI con su *aggiornamento*. Juan Pablo II, con sus más de 100 viajes a todos los rincones del mundo, emblematiza la nueva Iglesia, en términos de un ecumenismo adaptado a la época, consciente de la importancia de la tecno/ciencia y sus riesgos y con un claro y batallador sentido geo-político.

Es un error frecuente de los historiadores, reducir la historia a unos cuantos nombres, pero es un reduccionismo inevitable, ya que la historia tiende a ser marcada por ciertos individuos de manera determinante, aunque nosotros sepamos y asumimos, que estos personajes no podrían existir y actuar solos; son las instituciones y las sociedades quienes los generan y posibilitan. Individuo y sociedad, ambas categorías son reales, pero sus relaciones son múltiples y complejas y exceden cualquier teoría o interpretación.

La biografía es inseparable de la historia, tanto como sería imposible el análisis histórico, sin las categorías de política, economía, sociedad y cultura.

Hay muchas maneras de entender y definir la historia, es la conciencia social compartida por una colectividad. Es la rendición de cuentas de una sociedad y una cultura, en fin las definiciones

son muchas y ninguna es definitiva. Sobre lo que no hay duda es la pretensión racionalizadora del historiador. Se trata de ordenar y entender, de darle al azar de los hechos un sentido y en esto el historiador no se encuentra solo, toda la historia del pensamiento no es otra cosa que crear una teoría que lo explique todo y por consiguiente permita comprenderlo todo.

Si asumimos la definición de San Agustín sobre la naturaleza humana, según la cual somos: cuerpo (Soma); pensamiento (Psique) y alma o espíritu (Pneuma), toda la historia de la filosofía y de la ciencia no es otra cosa que la pretensión de conocerlo todo; es lo que simboliza el mito de Prometeo y Fausto y es lo que quiere decir el agónico Goethe, con sus desgarradas últimas palabras “luz, más luz”. Platón no pretendió otra cosa que la explicación última y definitiva; igual Aristóteles. Santo Tomás con su *Summa Theológica* y Descartes, Kant y Hegel no buscaban otra cosa.

En la contemporaneidad tenemos el intento fallido de Einstein, que por más de 40 años buscó elaborar una teoría del campo unificado, intentando desentrañar el secreto más íntimo de la materia y no otra cosa pretendió Freud que llegar a una teoría general de la conducta humana, es decir definir una psicología esencial y profunda que permitiera acceder a los secretos de la mente. Marx lo pretendió con la economía y la vida social y Maquiavelo lo pretendió con la política, es decir encontrar, en términos modernos, la pretensión medieval de la piedra filosofal.

Todo lo anterior viene al caso, porque si algo caracterizó al siglo XX, intelectualmente, fue la pretensión de entenderlo y explicarlo todo, herencia ilustrada, que potenció el portentoso avance tecno/científico ya apuntado. El drama fue, que al final del siglo, habiendo avanzado en todos los campos del conocimiento de manera portentosa, muy pocos, se atrevieron a plantearse una teoría abarcante y omnicomprendiva.

Frente a las certezas de la ciencia, la mayoría de la gente terminó viviendo entre el temor generalizado y la incertidumbre. Nada era definitivo y no se estaba seguro de nada. El siglo se nos presenta escindido: al comienzo del mismo, hay una seguridad y

un optimismo generalizado; al final del siglo cunde el pesimismo y cuando más, un optimismo trágico, también ya referido. Un poco a la manera de otras épocas de crisis, los seres humanos se limitan a vivir el instante (*Carpe Diem*), el presente, en la medida que el futuro luce inseguro e incierto, y esto en parte ayuda a explicar el renacimiento de la fe religiosa, indistintamente que se canalice a través de las grandes religiones históricas, o bien, por los múltiples senderos de la credulidad y la superstición, expresado en parte por ese fenómeno, llamado *New Age*.

Si bien el mundo ya era conocido desde varios siglos atrás, los viajes de Marco Polo, Colón y Magallanes son emblemáticos al respecto; nunca antes los seres humanos habían entrado en contacto y se habían reconocido entre sí, como en el siglo XX, lo que no significa exactamente que se reconocieran, en la diversidad y se aceptaran; lamentablemente este sigue siendo un problema de peligrosa actualidad, el respeto a la diversidad antropológica y cultural, para no hablar de racismo, intolerancia religiosa e irrespeto por las diferencias; a pesar de la globalización y la homogenización creciente, el planeta se presenta hostil y amenazante en las relaciones entre grupos humanos y culturales diferentes. Un verdadero humanismo ecuménico, sigue siendo más una aspiración que una realidad. Todo lo anterior se refleja con dramática actualidad en ciertos países y particularmente en las grandes urbes.

Como ejemplos en la cotidianidad mediática está el caso de Irlanda del Norte y el IRA, momentáneamente calmado en su curso violento y terrorista. Está España y la beligerancia de ETA y la amenaza creciente catalana, aunque esta última pareciera discurrir por cauces políticos no violentos.

En Italia está el planteamiento separatista o segregacionista de la llamada Liga Norte de corte derechista y reaccionario.

En los Balcanes y la antigua Yugoslavia, la violencia reciente, todavía nos asusta. El caso de los chechenios, armenios y kurdos nos recuerda cómo los problemas de la historia pueden durar siglos; el caso de Chipre y su absurda división, para no hablar del explosivo Medio Oriente y el conflicto por Cachemira; no hay

región de África y Asia ajeno a esta problemática actual o latente y en el mismo subcontinente sudamericano, el problema de la guerrilla colombiana, la guerrilla zapatista y los diversos movimientos indigenistas, particularmente en Bolivia, Ecuador y Perú. Y es que frente al deterioro evidente del orden mundial sustentado en el estado-nación, un nuevo orden global no termina de consolidarse, aunque Estados Unidos y las otras potencias marchen en esa dirección, como siempre ha ocurrido en la historia.

La tarea no a va a ser fácil y la mejor demostración son las llamadas fronteras calientes y conflictos en pleno desarrollo como es el caso de Afganistán e Irak.

Las otras bombas de tiempo son las grandes ciudades, megalópolis incontrolables, donde todos los conflictos y problemas se acumulan y concentran, de allí la falsa solución de la nueva ecología urbana, que lo que hace simplemente es zonificar los problemas y la violencia; no otra cosa fue el famoso plan Bratton para la ciudad de Nueva York en la administración Giuliani, dicho de manera simple, se limitó a sanear Manhattan, incluido Harlem, drenando la delincuencia hacia otras zonas, como el Bronx y Queen.

La ciudad moderna, monstruosamente grande, es un agregado urbano de varios centenares de kilómetros y decenas de millones de personas, constituido por diversos guettos étnicos y sociales, creando una verdadera discriminación racial y social. Las diferencias entre el primer y tercer mundo han sido trasladadas, agravadas, a cada ciudad, y paradójicamente, de manera mucho más grave, en las grandes urbes de los países avanzados, ya que a la discriminación social, presente en todas las ciudades, se agrega la discriminación racial y cultural.

El verdadero drama contemporáneo es la incomunicación individual y colectiva (a pesar de Internet). El individuo urbano se ha encerrado en sí mismo, en un círculo cada vez más estrecho y asfixiante. El negocio inmobiliario ha obligado a sacrificar el espacio de la vivienda, del trabajo y del esparcimiento, convirtiendo a las personas en verdaderos prisioneros del espacio urbano. La multitud, inorgánica y anónima, se ha apoderado de las grandes ciudades. Los

subterráneos del Metro son verdaderos espacios kafkianos, cada vez más vastos e insuficientes; la multitud abigarrada y siempre apresurada, transita por éstos, como por el infierno de Dante. Las bellezas de una ciudad, como por ejemplo París, están arriba y pasan inadvertidas. Inclusive los privilegiados que tienen vehículo propio, no pueden llegar a ninguna parte, por el congestionamiento, especialmente en ciertas horas, y aparcar es tarea imposible, haciendo inaccesibles y distantes, los lugares más atractivos.

La megalópolis dejó de ser la ciudad soñada por los renacentistas, como el espacio humano por definición. La ciudad de hoy, abrumba y nos neurotiza a todos, de allí que los pocos privilegiados que pueden huir de ella, huyen.

Después están los inmensos espacios urbanos y suburbanos, estratificados, social y étnicamente, encerrados en sí mismos, en una casi completa incomunicación lingüística, cultural y social. La barrera de las mentalidades, más fuerte inclusive que la lingüística, se ha convertido en un verdadero muro de la ignominia.

En la sociedad moderna, particularmente las grandes ciudades, están fraccionadas y fracturadas en guettos sociales, lingüísticos y culturales. El africano de París, vive distante y hostil, igual que el asiático o el islámico así como los negros o latinos de Nueva York; son sociedades antagónicas, con una integración legal y física, cada vez más precaria y lamentablemente lo mismo que ha venido sucediendo en la Caracas de los últimos años.

El verdadero problema de nuestro mundo es la segregación y auto-segregación, por razones sociales y culturales.

Lo más antiguo y tradicional coexiste, en una difícil convivencia, con lo más moderno y sofisticado. El feminismo occidental no puede entender el velo islámico o la burka tan publicitada cuando la invasión a Afganistán. No puede entender Occidente y las “elites ilustradas” de otras partes del mundo, la existencia, geológica y mineralizada, de las tribus y los clanes en las sociedades arcaicas.

Para una mentalidad moderna que significa la *vendetta* o la *Ley guajira*, la llamada economía subterránea, el sincretismo reli-

gioso y las supersticiones de todo tipo, que sobreviven en los sitios más inesperados.

Las *masas*, ese concepto democrático y antidemocrático a la vez, siguen comportándose en lo fundamental, como en la vieja Roma, exigiendo pan y circo.

El Mundo Contemporáneo, no es tan moderno y racional, como ingenuamente pensamos muchos en el siglo XX, proyección optimista de la ley del progreso formulada en los siglos XVII, XVIII y XIX.

El mundo de hoy luce peligrosamente desequilibrado y, lo más grave, confundido; especialmente con respecto al futuro; de allí esa mirada bifronte, desesperadamente perdida en la pretensión de volver a los orígenes y a la falsa seguridad del pasado o evadirse, en la también falsa creencia de mirar hacia delante, consumiendo la quincallería tecnológica a la moda y cualquier otro tipo de evasión, física o psicológica.

Qué primitiva sigue siendo la humanidad en pleno futuro. De allí que el historiador, se queda corto en su ciencia, y las palabras más importantes o las más útiles, las estén diciendo sociólogos y antropólogos, psicólogos y psiquiatras, porque en el fondo, el viejo problema de la historia, siempre es el mismo, el poder, quién manda y quién obedece; quién domina y hegemoniza: individuos poderosos, minorías dirigentes, supremacías políticas, económicas, sociales, religiosas, culturales. También en el siglo XXI la lucha por el poder y la supremacía va a marcar el ritmo y la dirección de la historia y su desenlace.

Nietzsche a su manera lo vio, con su teoría del eterno retorno y la voluntad de poder; Platón y Confucio definieron el problema con precisión; sólo el filósofo, el sabio, tiene derecho al gobierno de los demás, o como dijera Confucio, más práctico y realista, sólo el que puede gobernar su vida puede aspirar a gobernar la de los demás. Este es el tema crucial, la verdadera subordinación y control del poder, que es un tema no solamente filosófico, ya que tiene que ver con el futuro real de la democracia como sistema político y la revisión adecuada de todas las teorías “contractualistas o pactis-

tas” de la vida social y política, y de paso, reflexionar sobre la verdadera naturaleza de palabras como pueblo, nación, estado, masa.

En el siglo XX, hay una tendencia del pensamiento social y político católico, a través del pensamiento de muchos autores, pero particularmente de Maritain y Mounier, que se plantearon estos problemas centrales de la historia y la política, la dimensión moral de la misma, la supremacía de la persona y el reconocimiento de los intereses de la comunidad y el bien común, un poco en la línea de superar la vieja dicotomía, planteada entre otros, por Max Weber, entre lo societario y lo comunitario, como el conflicto o la contradicción fundamental de la sociedad moderna.

Para muchos lectores, Mircea Eliade, era un nombre familiar, igual que Ciorán, aunque por razones muy distintas; éste nihilista militante, nos retó desde su escepticismo a no ser tan crédulos, frente al pensamiento mitológico y primitivo pero igualmente frente al pensamiento científico. Mircea Eliade nos dio la dialéctica fundamental de la realidad y del pensamiento: lo sagrado y lo profano en la historia y en la vida social, de allí que nuestra generación estuvo preparada intelectualmente para asumir todos los mitos del siglo y no sucumbir a los mismos y por eso, el fin del siglo, nos encontró en trance de desmitificar y desacralizar prácticamente todo lo que la historia, la política, el cine y los *mass media*, habían elaborado y difundido, desacralizamos a los hombres de poder y su gloria publicitaria.

Lenín, un hábil y voluntarioso político, terminó siendo lo que era, fundador de imperios. Stalin, un psicópata, igual que Hitler. Musolini, un “clown”. De Gaulle, una figura hierática y anacrónica como una efigie egipcia. Churchill, un camaleónico político. Mao Tse Tung un caudillo, enfermo de poder. Kennedy, una leyenda mediática, como la de James Dean o Marilyn Monroe, fabricada por los publicistas. Hasta el Che, terminó siendo un afiche y una foto, secuestrado por la publicidad.

Todo quedó al descubierto y todos fueron desenmascarados. La publicidad había pretendido anular y secuestrar nuestro pensamiento; la historia quedó desnuda y al descubierto; igual que el cine, fueron grandes fabricantes de ilusiones, todo relativizado y

precario; nunca el ser humano estuvo más solo, sus dioses resultaron de barro y todos fueron destruidos por la verdad. Al final del siglo, pareció que lo único importante era *tener* y *tener* era *poder*. El propio ser humano fue reducido a mercancía, todo tenía un precio y era intercambiable.

La impresión que tengo de cara al nuevo siglo, es que prácticamente todo tiene que ser reconstruido o inventado.

La visión del pasado puede llegar a tener tantas versiones como personas que miran hacia atrás, no solamente por un problema de perspectiva e intereses personales, sino porque el presente va modificando nuestras perspectivas en la misma medida que nuestra percepción o idea del futuro se va desarrollando o modificando con los acontecimientos y experiencias de cada día.

Miro hacia atrás, desde una ciudad como París o Nueva York y pienso en la realidad y los intereses de Francia, Europa o los Estados Unidos y llego a pensar si en verdad a estos países les interesa el resto del mundo, más allá del negocio o del interés turístico. Pienso en conceptos como globalización o mundialización y llego a creer que son categorías mediáticas, parcialmente verdaderas, ya que con excepción del sistema financiero y el aparato tecnológico, cada pueblo es diverso y cada sociedad tiene su propio ritmo y tiempo real.

A veces pienso que no es suficiente que la cadena de comida rápida Mc Donald's o ciertos espectáculos sean compartidos a escala planetaria para pensar en un mundo unificado, por lo menos en el corto o mediano plazo, ya que cada cultura es diferente y son muchas y diversas las mentalidades.

Es cierto que gracias a la UNESCO, la humanidad comparte 754 lugares en el mundo como patrimonio natural, histórico o artístico; igualmente es cierto que nos identificamos la mayoría del planeta con los derechos humanos; pero la falta de ellos la percibimos y padecemos, a escala diferente.

Entiendo que es un problema común y una preocupación compartida, el deshielo de los polos, la desertificación y la capa de ozono; pero la mayoría de la humanidad está tan atareada en sobrevivir y la mayoría sin posibilidades educativas y sin oportunidades

ciertas en la vida, que poco importa que haya oído hablar de derechos humanos, salvaguarda del ecosistema o desarrollo sustentable; son términos tan alejados de su cotidianidad, que terminan siendo abstractos.

A veces tengo la impresión que es una minoría de países privilegiados y una minoría social quienes viven y piensan en términos de mundialización; una elite (no más del 20% de los habitantes del planeta) que son precisamente quienes consumen, porque tienen ingresos suficientes, los productos del bienestar hasta llegar a lo superfluo y tienen acceso a toda la parafernalia tecnológica y comunicacional; como ejemplo tenemos a INTERNET, la nueva palabra mágica y mítica, con la cual creemos que todo lo podemos y todo lo sabemos, lo cual tampoco es cierto; información no es necesariamente conocimiento, y poder, no es tanto para el usuario, sino para quien inventa, monta y maneja el sistema.

De los 12 “servidores” de Internet existentes (donde se genera y difunde la información y por consiguiente se controla) 9 corresponden a los Estados Unidos; 2 a Europa, Inglaterra y Suecia y 1 a Japón.

Este séptimo continente informático (Attali, 1997), es otra ventaja más de los poderes constituidos y hegemónicos para seguir dominando y controlando el mundo. No lo decimos para negar el hecho tecnológico y sus posibilidades e importancia, sino simplemente para tenerlo en cuenta en la nueva geopolítica. De hecho existe el término respectivo Cybergeografía (Matthew Cook, 2000), en el cual se estudia y demuestra, que quien descubre, organiza y ordena un espacio, lo domina y explota en su provecho; así lo han hecho todos los imperios de la historia, dentro de los límites y posibilidades tecnológicas de la época.

Igual se puede hablar de una cybercultura y de una neteonomía terminología válida y necesaria, porque es real; pero que no se olvide que más allá de la novedad tecnológica, como siempre el problema es su uso y abuso; en el fondo siempre es un problema de poder, sea económico, sea político.

Internet tiene su tribu (es decir, usuarios asiduos y habituales, cualquiera sea su razón) menos de 10% de la humanidad, con Esta-

dos Unidos a la cabeza; 150 millones de internautas, seguidos por los chinos con 78 millones (cifras del 2003), en países como Venezuela, no llega al 4% de la población, el número de usuarios.

No tengo la menor duda que el futuro pasa por Internet, no vamos a repetir el error de los ludolistas, en los comienzos de la revolución industrial, que querían destruir las máquinas porque les quitaban puestos de trabajo.

Internet es una revolución, ya lo hemos dicho, pero no está garantizado el uso y la importancia real para la mayoría de la población del mundo. Como siempre, la razón técnica no es autónoma y no puede ni debe negar la razón moral de quien la crea. Somos como el aprendiz de brujo de Goethe, vivimos el riesgo de ser dominados por algo que creamos para servirnos y para avanzar y vivir mejor.

Una vez más, la historia se nos presenta fundamentalmente como política, es decir que el destino de una sociedad siempre se decide en torno a la cuestión del poder. Con esto no ignoramos la importancia de la economía y de la sociedad, mucho menos de la cultura; la historia es un todo complejo, orgánico y dinámico, que expresa al ser humano en su integralidad y totalidad; pero el historiador no puede ignorar la primacía operativa de la política, de los individuos que en ella actúan y lógicamente los diversos intereses y fuerzas que en una sociedad y en el mundo operan.

Empezando el siglo XXI, la política nos sigue retando, como el oficio más viejo y que más desconfianza genera. Es la primera pista que el historiador debe seguir, allí se juegan su destino los seres humanos, las sociedades y el mundo; hoy la política, más que nunca, es una geopolítica de alcance mundial; los factores internacionales en la política moderna, tienden a pesar más que los factores internos y en ese sentido, este comienzo de siglo y milenio, así lo evidencian.

Una frase que recorrió el mundo, la aldea global (Mc Luhan), trataba de expresar la nueva realidad histórica del poder de la televisión, y la presencia masiva y simultánea de los medios de comunicación, como aquella imagen sugerente de “una tribu alrededor de un televisor” especialmente cuando se compartían noticias o

eventos de carácter mundial, como por ejemplo un campeonato mundial de fútbol o una noticia de impacto e interés internacional.

La aldea global, hoy lo sabemos, no solamente es la revolución tecnológica y sus efectos, sino también la existencia de la gran ciudad, la metrópolis contemporánea, especialmente algunas como París, Londres o Nueva York, que son una verdadera síntesis del mundo. En las ciudades citadas, y en algunas otras de África, Asia, América Latina, Europa y Norteamérica, conviven sin integrarse. Son ciudades a escala planetaria, pluriculturales y multilingües. La gran interrogante es sobre el tiempo real en que vive cada habitante. Un árabe, un asiático, un africano, un latinoamericano, en qué mundo realmente vive, en términos sociales y culturales. La ciudad, tradicionalmente, es el encuentro o la expresión de un colectivo, étnico o geográfico, más o menos importante, en términos de millones de habitantes o de kilómetros cuadrados.

Con el estado-nación, la capital, era el centro político; casi siempre, el centro económico y el muestrario social y cultural más representativo de una nación. Con la existencia de los imperios coloniales, las capitales, eran el centro visible de ese imperio, como Roma en la antigüedad y Londres y París en los últimos siglos.

Actualmente con el avasallante urbanismo en curso, las migraciones crecientes y las facilidades de transporte, el mundo pareciera condenarse en su diversidad en estas grandes capitales, creando problemas de todo tipo y porque no, soluciones inéditas de convivencia y tolerancia.

La aldea global, concentra la historia contemporánea, sus mejores posibilidades y sus mayores riesgos. De hecho, a pesar de la diversidad étnica, cultural y social, ya aludida, existe un nuevo individuo urbano, más allá de su identidad de origen, cuya conducta y cotidianidad se expresa de manera definida en hábitos y costumbres. A nivel juvenil hasta se habla del *cyber punk*, una persona de conducta y vestimenta fácilmente identificables, pero de personalidad y valores todavía en discusión. Palabras, como *individualismo*, *desarraigo*, *violencia*, *desacralización*, *despersonalización*, son categorías al uso para tratar de identificar esta cultura ur-

vana, real y artificial al mismo tiempo y la ruptura casi total, con la conducta y los sistemas sociales conocidos.

Economía sumergida e informal, drogas y sexo, como comercio, pero también como expresión de un vacío existencial y una ruptura de los lazos sociales y familiares, están planteando, especialmente en las grandes ciudades, un reto político y administrativo, que tiene que ver con la convivencia y la seguridad de todos. La ciudad, o ciertas zonas de ella, ya no es segura y el miedo, la agresividad y la desconfianza es lo habitual, casi como un regreso a la edad media, cuando precisamente la ciudad fue la respuesta a la inseguridad y a los muchos miedos y limitaciones del campo. La “jungla” se reinstala en la gran urbe y obliga a muchos de sus habitantes a replegarse en las periferias urbanizadas, ciudades satélites o dormitorios y urbanizaciones cerradas, creando verdaderos guettos de clase media y clase alta. La ciudad se organiza y se desintegra al mismo tiempo, creando dinámicas o realidades infernales, como por ejemplo el transporte público, especialmente en las llamadas horas pico. La *ciudad-megalópolis*, cada día se aleja más de la idea y de la imagen de la ciudad provinciana, que prevaleció hasta la primera mitad del siglo XX.

El mundo se ha hecho realmente más pequeño en estos macrocosmos urbanos pero igualmente más extraño. El ideal de todo habitante es huir de allí y por eso las vacaciones son verdaderos éxodos de millones de personas. La ciudad nos atrapa y nos rechaza al mismo tiempo. La ciudad, centro y símbolo del poder, perdura, pero cada vez más como expresión del caos y no del orden, que al fin de cuentas es una de las esencias del poder: ordenar y controlar la sociedad y para ello, entre otras cosas, ordenar la historia, el pasado y sus símbolos, como se evidencia arquitectónicamente y de manera casi geométrica, en ciudades como París o Washington.

Ciudad, orden, poder y civilización llegaron a ser sinónimos; hoy esto no es tan cierto y las tendencias parecen apuntar en la dirección contraria y en la necesidad de volver al viejo concepto de ciudad, limitada y definida en su estructura y funcionamiento, sin el monopolio del poder y sin el monopolio de la cultura.

Hay necesidad de una re/definición del espacio urbano en función de sus habitantes; hay que recuperar la urbe a escala humana, como pensaban griegos y renacentistas. Hay que devolverle la ciudad otra vez a los seres humanos. ¿Será esto posible en una época, cuya característica más visible, es la irrupción definitiva en la historia de las masas?

La historia humana, no importa cual sea nuestra visión de la misma o nuestra filosofía de la historia, siempre se mueve entre lo real y lo ideal; Platón imaginaba una República gobernada por un sabio, mientras observaba como las Repúblicas reales eran gobernadas por tiranos, normalmente rapaces y crueles.

Tomás Moro inventó la palabra *utopía* para sintetizar la aspiración humana a una República ideal y a una sociedad perfecta. Carlos Marx pensó en la posibilidad real de construir una sociedad perfecta sin Estado y sin clases sociales, libre e igual.

Los ilustrados de la Revolución Francesa y los filósofos de la Ilustración pensaron que la Razón terminaría imponiéndose en la historia y alcanzaríamos la felicidad y el progreso para todos los seres humanos.

La humanidad siempre ha soñado con un mundo mejor; la vieja sabiduría religiosa tenía dudas al respecto y prefería confiar más en Dios que en los seres humanos y por eso el Paraíso, con excepción de los orígenes, siempre es situado fuera de la historia.

Ironías de la historia como diría Hegel, los metafísicos resultaban más realistas que los presuntos racionalistas que privilegiaban lo real.

Lo cierto es que también la humanidad del siglo XX, soñó con la utopía mientras padecía su cuota histórica de guerra y paz, crisis económicas y conflictos sociales; en el siglo XXI no creo que sea muy diferente esta dialéctica entre lo real y lo ideal.

Sin ignorar lo real, nuestro empeño, no puede ser otro que luchar por el ideal; cada época tiene una idea o un sueño a realizar o por lo menos a intentarlo, la humanidad tiene derecho a las utopías concretas. En nuestro siglo XX fue el deseo de paz y de progreso o desarrollo, lo que atrapó a las mejores inteligencias y unificó a la

mayor cantidad de seres humanos y se fue parcialmente exitoso; en la segunda mitad del siglo, el mundo conoció una relativa y estable paz mundial y a pesar de todo, se dieron pasos importantes en pos del desarrollo y el bienestar de muchos, lo que pasa es que en estos temas, nunca es suficiente lo que se logra, aunque se logre mucho.

Un aspecto importante a destacar como un logro de la humanidad es la creciente conciencia planetaria en lo que respecta al patrimonio cultural y natural, y en este sentido merece un reconocimiento especial la UNESCO, organismo de las Naciones Unidas, con sede en París, que desde los años 60 para acá, se ha empeñado en incrementar, recuperar y proteger este patrimonio, en todo el mundo, con una importantísima colaboración de los gobiernos y particularmente la acción de instituciones e individuos, que han hecho de este empeño y esta lucha, todo una cruzada, con el resultado, hasta ahora, de 754 lugares recuperados y protegidos legal y moralmente. Esta lucha apenas comienza y es muy auspicioso lo que de ella se deriva, una creciente corresponsabilidad a escala planetaria y una conciencia humana abierta hacia lo diverso y lo diferente; en un verdadero diálogo cultural y civilizatorio, todos los seres humanos nos identificamos con este patrimonio común, no importa a que época pertenezca ni en que lugar se encuentre.

De cara a la historia, como pasado, presente o futuro, el ser humano, cada uno en particular, tiene la responsabilidad directa y precisa, de trabajar y luchar por salvaguardar los mejores intereses humanos, para merecer y ser dignos de morar cerca de Dios, que no otra cosa significa la palabra humanismo.

El siglo XX, dialécticamente, continuó y paradójicamente negó a los siglos inmediatamente anteriores (XVII, XVIII y XIX). Fue una consecuencia de ellos, en términos filosóficos y científicos (ilustración, revolución industrial, revolución científico-técnico) y los negó al mismo tiempo en cuanto sistema político. Se terminó sacrificando la libertad y nunca se garantizó la igualdad.

En este “nuevo” (des)orden mundial que caracteriza este comienzo de siglo pareciera ponerse término a la ilusión ilustrada de marchar inexorablemente hacia un mundo cada vez mejor (ley del

progreso) porque así lo quería la razón y la propia providencia, convicción hoy fuertemente debilitada por una realidad cada vez más desequilibrada y peligrosa (80% de pobreza, poder nuclear para destruir todo el planeta, deterioro ambiental progresivo, fanatismo e intolerancia).

La humanidad, moralmente, pareciera seguir en las cavernas, indiferente frente al destino colectivo, especialmente el de los menos favorecidos.

El historiador se ve acosado (igual que todos) no tanto por el pasado, sino por el futuro, lo que lo obliga a intentar practicar la *historia profética* como lo quería Kant, no como un ejercicio vacío de brujos y gitanos sobre la buena fortuna. Dice el filósofo, no una historia “vaticinante, ni adivinatoria, ni política” sino una proyección racional sobre el “progreso constante hacia lo mejor” como lo quiere y exige la providencia y la razón y al mismo tiempo una actitud vigilante y correctiva, frente a los abusos de la razón que son las pesadillas que la propia humanidad produce.

Hay que entender y asumir la naturaleza humana, no en lo que hemos hecho de ella por coacción y represión, sino como un proyecto de libertad, que nace para desarrollarse en valores y cuyo fin de perfectibilidad histórica y trascendencia sobrenatural es irrenunciable.

Dice Kant “los actos violentos de los poderosos disminuirán gradualmente y aumentará la obediencia a las leyes... los actos benéficos serán más frecuentes... habrá menos discordias en los procesos”, todo esto en cada comunidad y en cada pueblo y entre los diversos países entre sí. El filósofo no era ingenuo, sabía lo difícil que era lograr todo esto en cada comunidad y en cada pueblo y entre los diversos países entre sí. Pero igual que Sócrates y Platón que pensaban que racionalmente o razonablemente la vida no podía terminar con la muerte, Kant pensaba que la utopía nunca será lograda, pero los seres humanos tenemos el deber de marchar hacia ella y acercarnos lo más posible al ideal, al modelo.

En el siglo XXI que no nos pase como al enfermo que mientras mejoraba se moría, como, de alguna manera nos pasó en el tan cercano y lejano siglo XX.

Somos habitantes del tiempo, lo habitamos y nos habita. El siglo XX fue terrible y sin embargo la esperanza no lo abandonó.

Nunca, tan pocos, habían humillado a tantos; los soñadores de sueños tuvieron como herederos a los creadores de pesadillas; se pretendió prohibir el pensamiento y la imaginación, se nos obligó al horror o a la locura o simplemente, se aniquilaba al diferente o al disidente. Igualmente, los sentimientos eran castigados; había que ser creyente y subordinarse, asumir el grito colectivo y el silencio era subversivo; *sub-hombres* convertidos en *super-hombres*, una mezcla extraña de tigres y monos; el hombrecito de gris del Kremlin, el payaso de camisa negra y el histérico de camisa parda, el cruel gran timonel, y decenas de tiranuelos y aspirantes a serlo, en nombre de la utopía, nos negaron la libertad y mancillaron la dignidad de millones de semejantes.

Pero la esperanza no puede ser robada, el siglo atormentado logró preservarla a pesar de todo y en este nuevo siglo, continuamos con las mismas pruebas, los mismos riesgos y la misma esperanza, destino humano ineludible.

En el siglo XX las masas se rebelaron pero terminaron apoyando al asesino de sus semejantes o se dejaron alienar por los vendedores de baratijas. Las masas fueron ruido y furia, y para escapar de la soledad y las carencias, sacrificaron la libertad; el paraíso prometido se convirtió en un puro infierno, pero igualmente en el siglo, la imaginación fue indoblegable, la cultura nos permitió resistir y sobrevivir; *eros* y *thanatos* fueron implacables en su lucha, en cada ser humano, en cada rincón del mundo; nunca fuimos más libres y con más posibilidades de libertad que en el siglo XX.

No logramos redimir ni la injusticia ni la pobreza ni las muchas miserias del hombre, pero allí quizás descansa la posibilidad de seguir soñando y seguir luchando; el siglo XXI se convierte así en una invitación, como siempre, entre el temor y la esperanza, la libertad y el miedo.